

UN RATO DE CHARLA CON ROSARIO PINO

¿Es española Rosario Pino? Sin dudo que lo es de nacimiento, de raza, y que España con justicia la reclama como una de sus glorias... Pero yo diría que (por lo menos, y este menos es un poderoso más), que espiritualmente es cosmopolita. Diríase que ese espíritu, cálido, fino, vibrante e intuitivo, se hubiera templado en las notas de una lira de cuerdas universales, o acaso que las hadas que concurren a su bautizo fueronle escogiendo cariñosamente, de cada raza un rasgo especial que acrecentara su dote espiritual...

Rosario Pino posee de la italiana, el sentimiento; de la rusa, algo concentrado y felino; de la francesa, la gracia y la intuición... Las hadas, como hadas que eran, al robarle encantos supieron escoger...

Esta variedad de dotes de la gran actriz española hace que no pueda reconocerse escuela: la suya es suya propia, y creo yo que, como los cuadros de Zoroya, no podrá tener imitadores, porque hay en ella una acentuada personalidad, una variación de matices tan admirable que nunca, aún en la misma obra repite ella el mismo gesto o la misma actitud.

Rosario Pino me ha dado la impresión suprema de la sinceridad y bondad, he ahí los rasgos característicos de esta actriz.

Cuánta bondad hay en esos ojos glaucos, que a pesar de ser glaucos no tienen la perfidia de las piedras verdes, y esa sonrisa que pide cariño y ese cuerpo flexible, delgado y fino que parece defenderse, que se concentra, que se esquivó como si sólo se guardara para la escena. Yo creo que pone demasiado idealismo en su arte, que desprecia demasiado el aplauso fácil; porque su arte no admite rozaduras, ni explota los golpes de efecto...

—“Mi vida es ésta: — nos dice Rosario Pino. — del teatro a la casa o al hotel, y del hotel al teatro. Veo la luz del día sólo en dicho trayecto”.

Mi vista se fija en sus ojos sonrientes y se me ocurre que éstos guardan la irradiación de las candilejas y que esas luces continúan jugando en sus pupilas como si no quisieran apartarse de aquella por la cual noche a noche se encienden.

Todo en la vida de Rosario Pino es armonioso y bello.

Pertenecía la genial actriz a una familia distinguida que sufrió grandes revéses de fortuna cuando aún no salía ella de la infancia. Pues bien, esta actriz que vemos allí en la escena tan delicada, tan femenina, tan fina y tan sutil, a los 11 años decidió ayudar a sus padres, trabajar para ellos y darles bienestar.

María Tubau la acogió en su gran compañía, la más seria y notable de aquellos tiempos; no contaba aún 18 años Rosario Pino cuando era aclamada como actriz de primer orden y celebrada como una gloria nacional.

El teatro de Rosario Pino no es teatro de fuerza o de vitrina; es teatro de matices, de gracia y de intuición. Así lo dijo la Rejane cuando la vio actuar en un coliseo de Madrid. Llegaba la insignie trágica a la Corte con el fin de hacer una temporada teatral allí; el día antes de comenzar su tournée quiso recorrer los teatros. La llevaron al Comedia, donde actuaba Rosario Pino. La Rejane escuchó en silencio todo el primer acto y al terminar éste dijo así a su empresario:

—“¿Por qué me ha traído usted a Madrid? ¿Por qué me han hecho venir? Si ustedes poseen a una de las mejores actrices del mundo...”

Y entusiasmada la comparaba a Eleonora Duse.

Hacerle un reportaje a Rosario Pino resulta tarea difícilísima... El formulario de preguntas se estrella contra una discreción que se hace perdonar a fuerza de simpatía, de esa simpatía cualidad española por excelencia, ese ángel que Rosario Pino posee en grado sumo.

Para hacerla más expansiva le hablamos del Rey y de nuestra admiración por España.

—“¡Oh, mi rey, — dice arrobada la actriz, — cómo le quiero y qué valiente es y qué noble y qué talentoso... Don Alfonso se mezcla en la vida nacional, se confunde con su pueblo, asiste a sus fiestas, se interesa por todas las actividades artísticas, culturales, deportivas...”

—“Y la Corte, las Cámaras, no protestan de que el rey se prodigue así?”

—“Pero ¿por qué hablan de protestar? Nuestro rey llama al

pueblo español: “Mi pueblo”... y de él se preocupa en todo momento... Y esa reina María Cristina, qué mujer, qué madre!!... Y la reina Victoria que es buena, buena, buena, buena...” repite Rosario Pino alzando progresivamente la entonación de su voz en un crecendo suavísimo.

Hablamos en seguida de teatro y de autores.

Don Jacinto Benavente le ha quitado a ella y a María Guerrero la representación de sus obras.

—“Pero esa es una monstruosa ingratitud, para con las actrices que le dieron fama, — protesto yo indignada, — un autor teatral nada vale si no tiene intérpretes que realicen sus producciones”.

—“¡No sé, no sé, — dice nuestra entrevistada, — él lo ha dispuesto así...”

—“Por suerte como Benavente no es el único”, — digo yo...

—“¡Oh, nó!... Tenemos a Linares Rivas, Marquina, ¿sabe usted? en este momento Eduardo Marquina concluye para mí una obra hermosísima, que he de estrenar a mi regreso. Tenemos también al inmortal Pérez Galdós, a los Alvarez Quinteros, a muchos nuevos autores que prometen, a Muñoz Seca...”

—“Nos dicen que Muñoz Seca se ha conquistado muchas envidias por sus ruidosos éxitos...”

—“¿Qué éxito no lleva esa levadura amarga de la envidia? Es verdad que le acibillan... Últimamente Muñoz Seca ha querido demostrar en la “Señorita Angeles” que también puede salirse del género cómico, y ha hecho de esta pieza una exquisita comedia dramática... Pues bien, sus enemigos dicen que no es de él... Pues, mire usted, ¿de quién es entonces? — concluye riendo la actriz.

Después de dedicarle un recuerdo cariñoso a los Alvarez Quinteros y a Linares Rivas, Rosario Pino nos dice que con la actual temporada se despide de América para siempre; sin embargo, un instante después nos comunica que en el año próximo volverá a Buenos Aires...

—“¿Y aquí a Chile nó?” — preguntamos.

—“Allá me llaman, me reclaman... — responde graciosamente Rosario. — Aún ahora debí yo cumplir algunas contratas en Argentina; pero tenía tales deseos de venir a Santiago; este público tan connoiente, tan delicado y que fue conmigo tan benévolo y cariñoso hace doce años, me atraía, deseaba volverle a ver. Y ya estoy aquí, como entre viejos amigos, muy queridos...”

El ensayo reclama a nuestra entrevistada y nos vemos obligados a dejarla. Rosario Pino nos tiende su mano pequeña ita diciéndonos: — “Adiós... Adiós...”

—“Cómo me encanta ese adiós de ustedes, los españoles, — digo yo a Rosario Pino, — es como un pequeño poema sinfónico que termina en un murmullo sesoso que se prolonga cual la nota de un arpeggio...”

La encantadora actriz nos acompaña hasta la puerta del foyer, repitiendo con una simpatía irresistible el ¡Adiós, Adiós! que me ha sonado a música, deliciosa...

La cortina se cierra a medias, pero por la abertura asoma todavía su fina cabeza la actriz para decirnos ¡Adiós!...

En aquel instante yo me vuelvo y con una viva protesta en mi voz le digo:

“Adiós, nó; hasta luego...”

ROXANE.